

Begoña Pulido Herráez, *Poéticas de la novela histórica contemporánea*. México, CCYDEL/UNAM, 2006.

En los últimos treinta años, el género de la novela histórica en América Latina ha tenido un desarrollo considerable dentro de la producción novelística, su importancia hizo que la crítica y los estudios literarios fijaran su atención en el fenómeno. Los primeros estudiosos del género (Seymour Menton, Fernando Ainsa, Juan José Barrientos, entre otros) destacaron la importancia de la producción de novelas que abordaban diferentes aspectos de los pasados nacionales y su relevancia en el campo literario de Latinoamérica e intentaron dar cuenta de los cambios que el género presentaba con respecto de una producción de corte más tradicional. La abundancia tanto de novelas como del interés de la crítica en ellas, instauró un campo de estudios amplio dedicado al análisis específico del género (que pronto se relacionó con fenómenos similares en diferentes partes del mundo). El trabajo de Linda Hutcheon¹ terminó por fijar un término para este tipo de producciones, que la autora inscribe dentro del desarrollo de la novela posmoderna: el de *metaficción historiográfica*.

Es dentro de esta amplia producción en la reflexión sobre el género que se inscribe *Poéticas de la novela histórica contemporánea*, de Begoña Pulido Herráez, cuyo trabajo resulta una valiosa aportación, tanto a la discusión teórica como al corpus específico de la crítica de las tres novelas analizadas. El libro abre y cierra con una reflexión teórica sobre el género (primer y quinto capítulos); entre ambos, se intercalan los capítulos dedicados al análisis específico de tres novelas: *El general en su laberinto*, de Gabriel García Márquez (1989), *La campaña*, de Carlos Fuentes (1990), y *El mundo alucinante*, de Reynaldo Arenas (1997). Como la autora indica, su trabajo se acerca a las novelas históricas de fines del siglo XX a través del estudio de la poética de estas tres obras, cuya elección se basa en una cierta unidad temática: los hechos narrados en ellas se ambientan en las revoluciones de independencia ocurridas en América Latina durante el siglo XIX, además de establecer una crítica y un cuestionamiento de los mitos fundadores de la nación, al indagar el problema de la libertad y la igualdad en ellas. La temática de las novelas elegidas entra entonces dentro de una más amplia discusión sobre la constitución de los Estados nacionales, que conforma uno de los principales ejes en las reflexiones actuales, sobre todo ahora que se acercan las celebraciones del bicentenario de los movimientos de independencia en diferentes países latinoamericanos.

Uno de los aciertos del análisis concreto de las novelas es la utilización del modelo de la narrativa del viaje para trabajar las particularidades de cada texto. Asimismo, resulta pertinente que la autora, a pesar de la unidad temática elegida, resalte sobre todo las diferencias a partir de las cuales se constituyen las poéticas de las novelas estudiadas así como las relaciones que establecen con la reelaboración o cuestionamiento de los pasados que revisan.

¹ Linda Hutcheon, *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction*. Londres, Routledge, 1988.

Si bien los análisis de las novelas estudiadas resultan iluminadores, es en el campo de la discusión teórica donde quisiera detenerme, ya que se presenta una visión estimulante para abordar el estudio de este tipo de novelas. Al igual que otros teóricos del género, Begonia Pulido Herráez parte del reconocimiento de una creciente producción, a partir de la década de 1980, de novelas de tema histórico en América Latina. A partir de esta constatación, la autora plantea varias preguntas: ¿cómo estudiar la aparición “abrumadora” de este tipo de producciones?; ¿con qué fin se escriben las novelas históricas y por qué colocar a la historia como un tema ineludible? (12). Para responderlas, Pulido Herráez articula tres ejes que dan cuenta de una serie de cambios en distintos órdenes de la producción occidental, relacionados con la globalización, la forma de percibir el espacio y el tiempo a partir del desarrollo tecnológico y el llamado giro lingüístico, que cimbró las bases de nuestras percepciones del mundo al hacer visible la complejidad del lenguaje y sus relaciones con la llamada “realidad”. Estos cambios provocaron, entre otras cuestiones, un desplazamiento de la manera en que la sociedad vive su relación con la temporalidad: la idea moderna entra en crisis y se empieza a establecer una relación distinta tanto con el pasado como con el futuro.

Situar el auge de la novela histórica en este contexto más amplio de transformaciones de la sociedad occidental permite a la autora desarrollar el sustrato teórico a partir del cual elabora la noción de género, que se basa en una visión pragmática más que normativa. De esta forma, y siguiendo los postulados inaugurados por Mijail Bajtín,² se privilegia el análisis de la novela histórica contemporánea en su “historicidad”, es decir, se parte de una noción flexible de género, ya que se le considera inscrito dentro de una tradición que está en continuo movimiento y por lo tanto no puede fijarse ni describirse a partir de características internas, sino como una práctica que se ha ido transformando desde su surgimiento a principios del siglo XIX.

De esta forma, en el primer capítulo, Pulido Herráez entabla una interesante discusión con las propuestas de los principales teóricos que han reflexionado sobre el tema: Georg Lukacs, Seymour Menton, Fernando Aínsa, Linda Hutcheon y María Crisitna Pons, con el fin de hacer visible la dificultad que implica intentar describir y definir la práctica del género a fines del siglo XX. Dentro de todos los rasgos descritos por los autores revisados, Pulido Herráez decide definir a la novela histórica a partir de su carácter híbrido, es decir, parte de la base de que se trata de un género elaborado al interior de las relaciones ineludibles entre dos discursos: el literario y el historiográfico. Este planteamiento permite situar el desarrollo del género dentro de su propia historicidad: tanto el discurso historiográfico como el literario son cambiantes; las relaciones que la historiografía establece con la “verdad” o la “realidad” del pasado, han variado desde su instauración como disciplina durante el siglo XIX (donde se forja bajo una visión positivista que permitía pensar que el pasado podría narrarse “tal como había sucedido”) hasta fines del siglo XX (atravesado ya por el giro lingüístico). De la misma manera,

² Mijail Bajtín, “El problema de los géneros literarios”, en *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI, 2003.

la novela, como género, se ha transformado y diversificado. Por lo tanto, los cambios de ambos discursos influyen en la escritura de la novela histórica a fines del siglo XX, la cual presenta diferencias importantes con respecto de una práctica más tradicional del género, aquella surgida durante el siglo XIX, cuyo modelo sería el de las novelas escritas por Walter Scott, y teorizado por Georg Lukacs en su ya clásico libro.³

Esta visión histórica y dinámica del género, permite salir de uno de los criterios más utilizados por la crítica de la novela histórica: la de la cuestión referencial. No se trata entonces de buscar en qué sentido la novela “complementa” a la historia, o en dónde podría situarse la relación referencial con el pasado, sino en rastrear las cambiantes relaciones que los discursos sobre el pasado entablan al interior del género, a partir de las diferentes poéticas, de las “relaciones pragmáticas específicas de quien las lee y quien las escribe”, en resumen, a partir de los distintos pactos de lectura que éstas proponen a lo largo del tiempo.

La visión histórica del género plantea entonces la necesidad de establecer diferencias entre los distintos momentos de la escritura de este tipo de novelas. Para mostrar lo ocurrido en las novelas históricas contemporáneas, la autora hace hincapié en la transformación de las relaciones del discurso historiográfico con la “realidad” del pasado, para mostrarnos cómo empieza a ganar terreno una concepción de la historia como escritura —defendida por autores como Michel de Certeau o Hayden White. Esta desestabilización ente las fronteras discursivas de la historia y la ficción —que se generaliza en la discusión del ámbito de la historia hacia la década de 1970— influye en la manera como la novela histórica de fines del siglo XX reelabora los pasados con los que trabaja. Es finalmente este cambio el que la autora hace visible en el análisis de las tres novelas: se trata de textos que “tienen en cuenta los discursos previos (históricos o novelescos) y toman postura frente a ellos, entran en un diálogo que afecta la historia de América Latina, pero también los relatos en que ha sido vertida esta historia”.⁴ Por eso también, señalará la autora, las novelas históricas contemporáneas plantean perspectivas críticas sobre la historia, pero no a partir de una interrogación sobre los hechos “tal como sucedieron” sino desde el cuestionamiento acerca de la propia escritura historiográfica. Es en este cuestionamiento que podríamos encontrar la función social de la novela histórica, más allá del placer estético que produce su lectura: ésta no sería entonces “una expresión artística más dentro del seno de una cultura, sino un modo de acercarse a un problema, de organizar un saber, un modo de intentar conocer y dar cuenta de algo (en este caso, las versiones del pasado latinoamericano)”.⁵

Mónica QUIJANO VELASCO
UNAM

³ Georg Lukacs, *La novela histórica*. Trad. de Manuel Sacristán. México, Grijalbo, 1976.

⁴ B. Pulido Herráez, *op. cit.*, p. 220.

⁵ *Ibid.*, p. 44.